

Manuel Ugarte
Visiones de España: Blasco Ibáñez
(*El Gráfico*, 24-6-1904)

Rara vez se encuentran reunidas en un solo hombre la sensibilidad exquisita del artista y el ancho gesto del orador popular. Parece que lo que se gana en delicadeza de percepción se pierde en energía y en carácter. Los grandes filósofos, novelistas y poetas, que nos encantan y nos seducen con sus creaciones, han sido casi siempre incapaces de coordinar en público dos palabras. En cambio, los oradores poderosos que arrebatan a las multitudes carecen por lo común de la sentimentalidad indispensable para hacer arte escrito. Parece que sea el hombre como una balanza. Ganar en un sentido es perder en otro. Ser a la vez filósofo y caudillo, poeta y hombre de Estado, teórico y ejecutor, resulta casi imposible. De ahí el asombro, la estimación y el cariño que nos inspira la figura de Vicente Blasco Ibáñez. En él se reúne todo. Novelista, polemista; tribuno, hombre de acción, con el libro, con el periódico, con la palabra y con el gesto, es un gran distribuidor de belleza, de razón, de entusiasmo y de justicia. Es el hombre integral, tal cual lo concebimos en nuestra imaginación.

Algunos le reprochan esa universalidad de espíritu. Acostumbrados a los hombres monocordes, especialistas y fragmentarios, que no tienen más que una función y un gesto, les sorprende que puedan coexistir en un mismo individuo tantas y tan diferentes aptitudes. No sospechan que en la sociedad de mañana, cuando consigamos desarrollar libremente toda nuestra actividad y vivir a plenos pulmones, esto que hoy resulta excepción, será, con mayor o menor intensidad, la regla. Confinarse en un solo género de labor es vivir parcialmente. El ser humano debe tener el espíritu siempre despierto, interesarse por todo, opinar sobre lo que le circunda, sentir, ver, comprender, amar la naturaleza entera y expresar su pensamiento, su sensibilidad o su pasión en las formas que le parezcan pertinentes, haciendo flotar en todo sitio y circunstancia el pabellón de su personalidad.

Blasco Ibáñez, llevado por su carácter altruista, ha distribuido sus riquezas intelectuales a todos los vientos, ha dejado su huella en todas partes, ha entrado y ha salido por todas las puertas de la vida.

La extrema movilidad de su carácter y su inquietud de espíritu le dan una facilidad de improvisación que deslumbra.

Escribe como nosotros conversamos. De ahí la frescura y el encanto de esas páginas inolvidables de *La barraca*. De ahí la fraternidad, la camaraderie que se establece en seguida entre el lector y el autor. Parece que

se nos estuviera contando una historia entre dos cigarrillos ante la mesa del café. Y en estos tiempos en que el hombre, libertado de los esnobismos torpes, vuelve a la sinceridad y a la naturaleza, esa franca y comunicativa claridad es el mejor mérito.

Batido por las tempestades, Blasco Ibáñez ha sabido, como los peñascos de la costa, resistir a todo y a todos. Las olas han pasado sobre él, le han cubierto un instante, se han ensañado y han vuelto cien veces, pero no han podido conmovir el bloque poderoso. Cuando ha llegado el caso se ha expuesto personalmente. Y la casualidad le ha hecho saltar por sobre todos los peligros.

Maravilla y seduce ese carácter adaptable a las más diversas circunstancias de la vida, y sobre todo el empleo que de él ha hecho Blasco Ibáñez. Lejos de ponerse al servicio del poder y de sacar ventajas de su posición, ha marchado resueltamente contra la injusticia, sin contempORIZACIONES, con el vigor y el entusiasmo de los justos. Sus campañas vibrantes, sus afirmaciones claras, su acción resuelta, han popularizado su nombre. En Valencia, su ciudad natal, se ha convertido en atmósfera. Lo respiramos y lo sentimos en las calles, en las casas, en la población toda. Parece que sea como el alma colectiva, y que en él se reúna la síntesis de los deseos y las aspiraciones generales.

En un teatro de Madrid asistí una noche a una fiesta dada en honor del novelista de *La catedral*. Fui como escritor, y quizá como partidario, porque aunque mis convicciones socialistas me llevan más allá del programa de Blasco Ibáñez, simpatizo naturalmente más con los librepensadores, amigos de las reformas obreras, que con los reaccionarios clericales. Decir, como algunos principistas hoscos, que todos los partidos burgueses son igualmente enemigos del socialismo, es encerrarse en un capricho infantil. ¿Cómo ha de ser igualmente adversario el que nos da la libertad de propaganda que el que nos la niega; el que exige rudas leyes restrictivas, que el que acepta nuestro programa mínimo de reformas? El caso es que fui a la velada, como escritor y como simpatizante. Y en el teatro, ahogado de gente, donde no quedaba lugar ni para un hombre más, sentí ese mareo del espíritu que se llama «el entusiasmo». La palabra sobria de Menéndez Pallarés, las metáforas de fuego de Dicenta y la voz caliente y arrebatadora de Lerroux diseñaban como dedos de escultor en el inmenso hueco de la sala una gran estatua moral de líneas llenas, que crecía, cobraba amplitud y parecía romper el techo con la frente. Entonces vi a Blasco Ibáñez en su verdadera estatura.